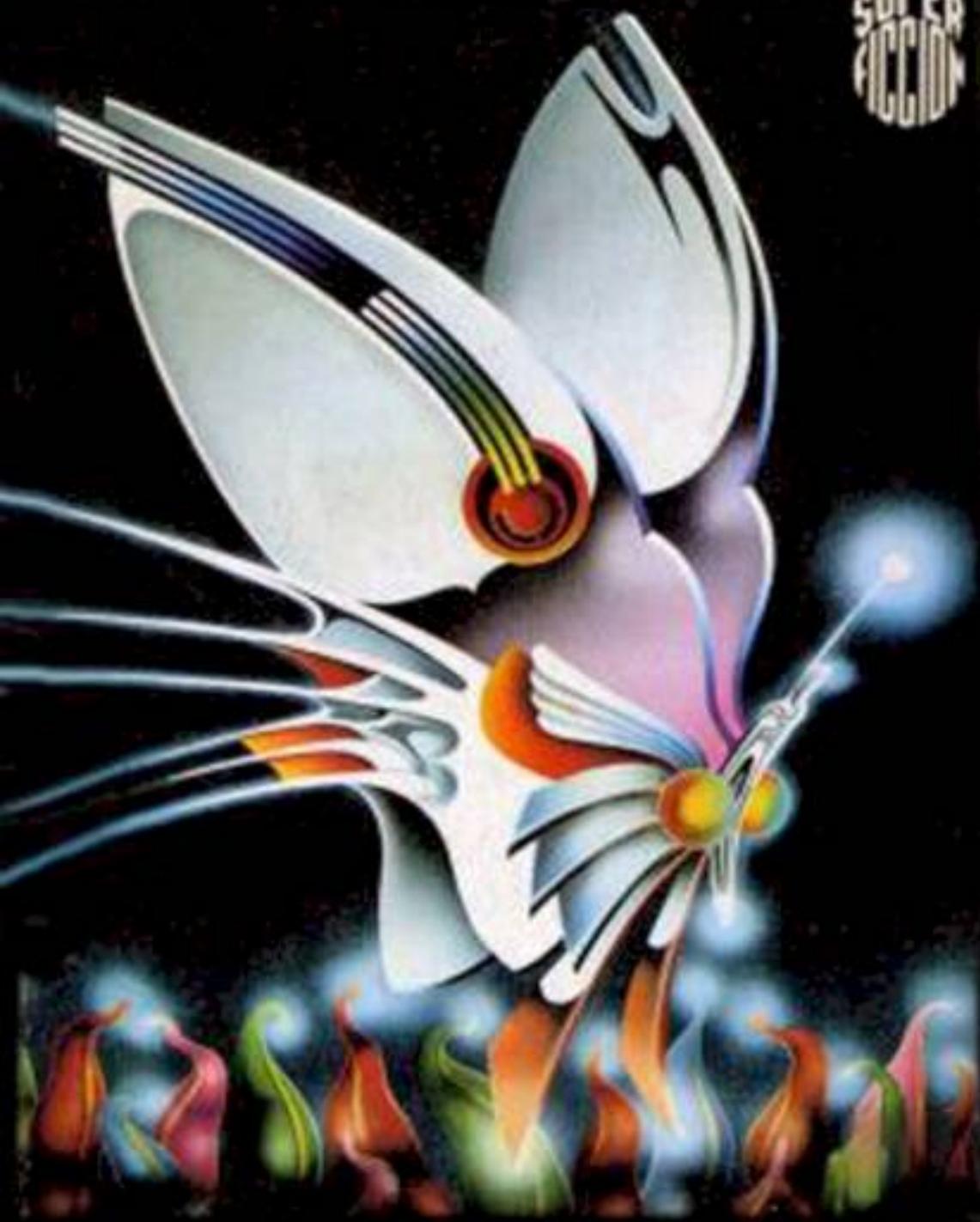


JACK VANCE

LOS MUNDOS DE JACK VANCE

SUPER
FICCIÓN



El libro es una recopilación de ocho cuentos que aborda distintas temáticas y géneros dentro de la CF. En "El mundo intermedio" dos civilizaciones contrapuestas ideológica y culturalmente se disputan un sistema solar desconocido para ambas. En "La polilla lunar" el embajador de un mundo fronterizo recibe el encargo de capturar un peligroso delincuente con poco tiempo de anticipación. "El cerebro de la galaxia" y "El diablo en Salvation Bluff" son una reflexión sobre cómo nuestros planteamientos iniciales, o nuestros prejuicios, condicionan la tarea que se nos encomienda. En "Los hombres regresan" asistimos a la restauración de las leyes de la naturaleza en un mundo que se ha vuelto caótico repentinamente. "El rey de los ladrones" y "Golpe de gracia" tienen como protagonista al criminólogo Magnus Ridolph. En el primer relato Magnus Ridolph debe hacerse con un importante contrato de telex, un mineral que permite la comunicación espacial, y en el segundo resolver un caso clásico de asesinato. En "Cerebros de la Galaxia" un importante físico teórico debe poner fin una guerra entre dos facciones alienígenas, una guerra que puede extenderse a la Tierra.

El mundo intermedio

1

A bordo del crucero de exploración *Blauelm* se desarrollaba una fea variedad de dolencias neuropsíquicas. No valía la pena prolongar la expedición, que llevaba tres meses de más en el espacio, y el explorador Bernisty ordenó el retorno a Estrella Azul.

Eso no produjo una mejoría del ánimo ni una elevación de la moral; el daño ya estaba hecho. Los técnicos se recuperaron de la excitabilidad causada por la hipertensión, cayeron en una hosca apatía y permanecían con la mirada perdida como andromorfos. Comían poco y hablaban menos. Bernisty probó varios recursos: los juegos de competencia, la música sutil, las comidas condimentadas. Pero nada servía, y fue más lejos.

Por orden suya, las mujeres-placer se encerraron en sus habitaciones y transmitieron canciones eróticas por el sistema de intercomunicación de la nave. Al no dar resultado, Bernisty se encontró con un dilema. Lo que se hallaba en juego era la identidad de su equipo, tan diestramente combinado, donde cada meteorólogo estaba elegido para trabajar con un determinado químico y cada botánico con un determinado analista de virus. Si regresaban así, desmoralizados, a Estrella Azul... Bernisty sacudió la hirsuta cabeza. No habría nuevas aventuras para el *Blauelm*.

—Quedémonos más tiempo fuera —sugirió Berel, su propia favorita entre las mujeres-placer.

Bernisty movió la cabeza, pensando que Berel había perdido su habitual lucidez.

—Sería peor aún.

—Entonces, ¿qué harás?

Bernisty admitió que no tenía idea, y siguió meditando. Más tarde adoptó una medida de incalculables consecuencias. Se apartó de su ruta para inspeccionar el Sistema K. Si algo podía levantar el ánimo de sus hombres, era eso.

La modificación del rumbo era peligrosa, pero no en exceso. Y el interés de la aventura procedía de la fascinación de lo extraño, la rareza de las ciudades de K, su tabú de las formas regulares, el singular sistema social de K.

La estrella ardía y giraba, y Bernisty vio que su plan tenía éxito; de nuevo había animación, charlas y discusiones en los grises pasillos de acero.

El *Blauelm* pasó por encima de la eclíptica de K. Varios mundos fueron quedando a popa; estaban tan cerca que se veían claramente en las pantallas los menores movimientos, la palpitación de las ciudades, el pulso dinámico de los talleres. Kith y Kelmet, cubiertos de domos; Kamfray, Koblenz, Kavanaf, y el sol central, K; luego Kool, demasiado caliente para la vida, Konbald y Kinsle, dos gigantes de amoníaco helados y muertos, y el Sistema K quedó atrás.

Bernisty aguardaba, impaciente. ¿Habría una recaída en la abulia o el impulso intelectual sería suficiente para el resto del viaje? Estrella Azul estaba al frente, a una semana de trayecto. A mitad de camino había una estrella amarilla sin particular importancia... Cuando pasaron junto a ella se manifestaron las consecuencias de la treta de Bernisty.

—¡Planeta! —exclamó el cartógrafo.

No era algo que pudiera despertar excitación; el anuncio se había oído muchas veces en el *Blauelm* durante los últimos ocho meses. En todos los casos, el planeta había sido tan caliente como para fundir el hierro, o tan frío como para congelar un gas, o tan venenoso que podía corroer la piel, o tan vacío de aire que podía aspirar los pulmones de un hombre. El aviso ya no constituía un estímulo.

—¡Atmósfera! —dijo el cartógrafo. El meteorólogo alzó la mirada, interesado—. ¡Temperatura media, veinticuatro

grados!

Bernisty se acercó a mirar, y midió él mismo la gravedad.

—Uno y un décimo... —Le hizo un gesto al navegante, que no necesitó más para empezar a calcular el aterrizaje.

Bernisty se quedó mirando el disco del planeta en la pantalla.

—Debe haber algún error... Los K o nosotros mismos lo habríamos registrado cien veces... Está justamente en medio.

—No hay registros del planeta, Bernisty —informó el bibliotecario, afanándose entre sus cintas magnéticas y sus aparatos—. No hay registros de exploraciones ni de nada.

—¿Al menos se conoce la existencia de la estrella? —dijo Bernisty, con algo de sarcasmo.

—Por supuesto... La llamamos Maraplexa, y los K, Melliflo. Pero no se menciona ninguna exploración o desarrollo de un sistema.

—Atmósfera —anunció el meteorólogo—: metano, anhídrido carbónico, amoníaco, vapor de agua. Irrespirable, pero del tipo 6-D, es decir de posible modificación.

—No hay clorofila, ni hemafila, ni blúscula, ni absorción de petradina —murmuró el botánico, con la vista fija en el espectrógrafo—. En una palabra, no hay vegetación nativa.

—A ver si lo entiendo —dijo Bernisty—. ¿La temperatura, la gravedad y la presión son correctas?

—Correctas.

—¿No hay gases corrosivos?

—No.

—¿Vida nativa?

—Ningún indicio.

—¿Y no hay constancia de exploración, reivindicación o desarrollo?

—No.

—Entonces, vamos allá —dijo Bernisty en tono triunfal. Y agregó, dirigiéndose al operador de radio—: Transmita la

noticia a la Estación Archivo, y a todas partes. ¡Desde este momento, Maraplexa es un establecimiento de Estrella Azul!

El *Blauelm* disminuyó su velocidad y se inclinó para aterrizar. Bernisty miraba junto a Berel, la chica-placer.

—¿Por qué, por qué, por qué? —le decía Blandwick, el navegante, al cartógrafo—. ¿Por qué los K no se han establecido aquí?

—Evidentemente, por la misma razón que nosotros; buscamos demasiado lejos.

—Escudriñamos los límites de la galaxia —dijo Berel, mirando con socarronería a Bernisty—. Pasamos por el tamiz los racimos globulares.

—Y aquí —se lamentó éste— hay un mundo vecino al nuestro, un mundo que apenas necesita una modificación de atmósfera y que podemos convertir en un jardín.

—¿Los K lo permitirán? —dijo Blandwick.

—¿Qué pueden hacer?

—No les va a gustar.

—Tanto peor para ellos.

—Pueden reivindicar derechos previos.

—No hay registros que lo demuestren.

—Sin embargo...

Bernisty le interrumpió.

—Blandwick, cuéntales tus quejas a las chicas-placer. Ahora que los hombres tienen trabajo, deben estar aburridas; te escucharán.

—Conozco a los K —insistió Blandwick—. Nunca aceptarán lo que sin duda considerarán una humillación, que Estrella Azul dé un paso adelante.

—Tendrán que resignarse, no pueden hacer otra cosa —afirmó Berel, con la burlona osadía que en un principio había atraído la atención de Bernisty.

—Te equivocas —respondió Blandwick, excitado, y Bernisty alzó la mano pidiendo paz.

—Ya veremos —dijo.

El operador de radio acababa de recibir tres mensajes. El primero, de la Central de Estrella Azul, de felicitación. El segundo, de la Estación Archivo, confirmaba el descubrimiento. El tercero, de Kerrykirk, era obviamente una apresurada improvisación. Declaraba que el Sistema K había considerado siempre a Maraplexa como zona neutral, una tierra de nadie entre los dos sistemas, y que el establecimiento de Estrella Azul sería desfavorablemente considerado.

Bernisty festejó los tres mensajes, pero sobre todo el tercero.

—A sus exploradores les deben zumbiar los oídos. Necesitan tierras aún más desesperadamente que nosotros, con su fecundidad...

—De marranos, más que de auténticos hombres —dijo Berel.

—Si la leyenda es cierta, son auténticos hombres. Se dice que procedemos del mismo planeta, del mismo mundo abandonado.

—Es una bonita leyenda, pero, ¿dónde está ese mundo, esa vieja Tierra de la fábula?

Bernisty se encogió de hombros.

—Yo no defiendo el mito. Y ahora..., aquí está nuestro mundo.

—¿Cómo se llamará?

Bernisty reflexionó.

—Ya encontraremos un nombre... Quizá «Nueva Tierra», en homenaje a nuestro hogar original.

Una mirada poco sofisticada habría encontrado yermo, rudo y salvaje el planeta Nueva Tierra. La huracanada atmósfera rugía sobre llanuras y montañas; el sol era enceguecedor, sobre los desiertos y los blancos mares alcalinos. Pero Bernisty veía ese mundo como un diamante en bruto, el ejemplo clásico de un mundo apto para ser modificado. La

radiación era correcta, y también la gravedad; la atmósfera no contenía halógenos ni elementos corrosivos; el suelo estaba libre de vida y proteínas misteriosas, capaces de envenenar con mayor eficacia que los halógenos.

Mientras vagaba por la ventosa superficie, hablaba de todo eso con Berel.

—Con este suelo se pueden crear huertos —decía, señalando la llanura de loes que se iniciaba donde estaba situada la nave—. Y en colinas como éstas nacen los ríos.

—Cuando en la atmósfera hay agua que pueda convertirse en lluvia —observó Berel.

—Un detalle, un detalle, ¿cómo podríamos llamarnos ecologistas si tan poca cosa nos afectara?

—Soy una muchacha-placer, no una ecologista...

—Aunque sí en el más amplio sentido.

—Y no puedo considerar un detalle mil billones de toneladas de agua.

Bernisty rió.

—Procedemos etapa por etapa. Lo primero es aspirar y reducir el anhídrido carbónico; por eso hemos ya sembrado arvejas básicas 6-D estándar sobre el loes.

—¿Pero cómo pueden crecer? ¿No necesitan oxígeno las plantas?

—Mira.

Una nube de humo castaño verdoso brotaba del *Blaueim* y se elevaba como un oleoso penacho arrastrado por el viento.

—Esporas de líquenes simbióticos. El tipo Z forma vainas de oxígeno en las arvejas. El tipo RS es no fotosintético; combina metano y oxígeno para producir agua que las arvejas utilizan. Las tres plantas constituyen la unidad primaria estándar para mundos como éste.

Berel contemplaba el horizonte polvoriento.

—Supongo que todo se cumplirá como predices, y yo no dejaré de maravillarme.

—Dentro de tres semanas, la llanura será verde. En seis semanas la producción de esporas y simientes habrá alcanzado su punto culminante. En seis meses todo el planeta estará cubierto por una capa de vegetación de doce metros de altura, y en un año empezaremos a determinar la ecología definitiva del planeta.

—Si los K no se oponen.

—No pueden hacerlo; el planeta es nuestro.

Berel miró los macizos hombros y el duro perfil de Bernisty.

—Hablas con la seguridad de los hombres; todo depende de las tradiciones de la Estación Archivo. Yo no tengo certezas de ese tipo. Mi universo es más ambiguo.

—Eres intuitiva, yo soy racional.

—La razón te dice que los K obedecerán las leyes de Archivo —prosiguió Berel—. Mi intuición me dice que no será así.

—¿Qué harán entonces? ¿Nos atacarán? ¿Nos expulsarán?

—¿Quién sabe?

Bernisty resopló.

—No se atreverán.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

—El necesario para verificar la germinación de las arvejas. Luego volveremos a Estrella Azul.

—¿Y después?

—Vendremos a desarrollar la ecología en gran escala.

2

El decimotercer día, Bartenbrock, el botánico, regresó fatigado tras una jornada en la ventosa llanura y anunció los primeros brotes. Se los mostró a Bernisty; vástagos claros con pequeñas hojas brillantes.

Bernisty examinó críticamente la planta. Se veían cápsulas de dos colores —blanco y verde claro— adheridas como diminutas vesículas. Se las indicó a Berel.

—Las verdes acumulan oxígeno, las blancas agua.

—De modo que Nueva Tierra ya empieza a cambiar de atmósfera.

—Antes que tu vida se acabe, podrás ver las ciudades de Estrella Azul en esta llanura.

—No sé por qué, querido Bernisty, pero no lo creo.

En ese momento, dijo la radio.

—X. Bernisty, habla el operador de radio Bufco. Tres naves orbitan el planeta. No responden a las señales.

Bernisty arrojó el brote al suelo.

—Son los K.

Berel se le acercó.

—¿Dónde están ahora las ciudades de Estrella Azul?

Bernisty se alejó rápidamente sin responder. Berel le siguió hasta la sala de control del *BlaueIm*, donde el hombre activó la pantalla.

—¿Dónde están? —preguntó ella.

—Giran en torno al planeta, inspeccionando.

—¿Qué clase de naves son?

—De patrulla y combate. El diseño es de K. Aquí vienen.

Tres sombras oscuras aparecieron en la pantalla. Bernisty le dijo a Bufco con apremio:

—Envía el código universal de saludo.

—Sí, Bernisty.

Mientras Bufco hablaba en el lenguaje universal arcaico, Bernisty miraba.

Las naves frenaron, cambiaron de rumbo, se detuvieron.

—Parece que están aterrizando —dijo suavemente Berel.

—Así es.

—Están armados. Pueden destruirnos.

—Pueden, pero no se atreverán.

—No creo que conozcas bien la psicología K.

—¿Tú la conoces?

—Estudié antes de llegar a la juventud —asintió Berel—. Ahora que ésta se acerca a su fin, pienso continuar.

—Eres más productiva como muchacha. Mientras estudias y ocupas tu bonita cabeza, yo tendré que buscar una nueva compañera para mis exploraciones.

Ella señaló los negros navíos.

—Si es que hay nuevas exploraciones para nosotros.

Bufco se inclinó sobre los instrumentos, mientras se escuchaba una voz. Bernisty oía las sílabas sin comprender, aunque el tono perentorio era bastante elocuente.

—¿Qué dice?

—Exige que abandonemos el planeta. Afirma que los K lo reivindicán.

—Dile que lo abandone él, que está loco. O mejor..., que comunique con la Estación Archivo.

Bufco habló en la lengua arcaica, y en seguida surgió la respuesta.

—Está aterrizando. Se muestra muy seguro.

—Que aterrice y que se muestre seguro. ¡Nuestro establecimiento está respaldado por la Estación Archivo!

Sin embargo, Bernisty se puso el casco y salió a mirar cómo las naves K se posaban sobre el loes, fastidiado por-

que la energía chamuscaba los tiernos brotes de arvejas que él había sembrado.

Sintió un movimiento a su espalda. Era Berel.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con brusquedad—. Éste no es lugar para una chica-placer.

—En este momento soy una estudiante.

Bernisty rió. Que Berel pudiera ser una trabajadora sería le parecía en cierto modo ridículo.

—¿Te ríes? —dijo Berel—. Pues bien, llévame a hablar con los K.

—¿A ti?

—Puedo hablar tanto K como universal.

Bernisty se enfureció y luego se encogió de hombros.

—Entonces serás la intérprete.

Se abrieron las puertas de la nave negra y emergieron ocho hombres K. Era la primera vez que Bernisty veía cara a cara a miembros de ese sistema, y a primera vista le parecieron tan curiosos como se imaginaba. Eran en general altos y delgados, vestían flotantes mantos negros y tenían el pelo rapado y el cráneo decorado con gruesas capas de esmalte negro y rojo.

—Sin duda ellos también nos encuentran extraordinarios —susurró Berel.

Bernisty no respondió; jamás se había considerado extraordinario.

Los ocho hombres se detuvieron a seis metros de distancia, y contemplaron a Bernisty con ojos curiosos, fríos y hostiles. Bernisty advirtió que todos iban armados.

Berel habló. Los ojos oscuros se volvieron, intrigados, hacia ella. El que más se había adelantado respondió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bernisty.

Berel sonrió.

—Quieren saber si yo, una mujer, estoy al frente de la expedición.

Bernisty se estremeció y enrojeció.

—Diles que yo, el explorador Bernisty, estoy al mando.

Berel habló, más extensamente de lo que parecía necesario para transmitir ese mensaje. El K respondió.

—¿Y bien?

—Dice que debemos marcharnos, que trae de Kerrykirk autorización para desocupar el planeta, por la fuerza si es preciso.

Bernisty midió al hombre.

—Pregúntale su nombre —respondió, para ganar unos segundos.

Berel habló y recibió una fría réplica.

—Es una especie de comodoro —explicó a Bernisty—. No lo entiendo muy bien. Su nombre es Kallish.

—Pues bien, pregúntale a Kallish si se propone iniciar una guerra. Y pregúntale a qué norma de la Estación Archivo se acoge.

Berel tradujo. Kallish respondió largamente.

—Sostiene que estamos en territorio K —dijo Berel—, y que los colonizadores K exploraron este planeta aunque nunca registraron la exploración. Afirma que si hay guerra, será responsabilidad nuestra.

—Es una fanfarronada —murmuró Bernisty entre dientes—. Si ése es el juego, podemos jugar dos.

Extrajo su rayo aguja y trazó una línea humeante en el polvo, dos pasos delante de Kallish.

Kallish reaccionó vivamente, llevando la mano a su arma. Todos hicieron lo mismo.

Bernisty dijo por lo bajo:

—Diles que se marchen..., que vuelvan a Kerrykirk, si no quieren recibir el rayo en las piernas.

Berel tradujo, tratando de no mostrar nerviosismo en la voz. Por toda respuesta, Kallish disparó su propio rayo y trazó una ardiente marca naranja en el suelo, delante de Bernisty. Luego habló. Berel, temblorosa, interpretó sus palabras.

—Dice que nos marchemos nosotros.

Lentamente, Bernisty trazó otra línea en el polvo, más cerca de los pies calzados de negro.

—Se lo está buscando —dijo.

Berel dijo con voz angustiada:

—Bernisty, subestimas a los K. Son obstinados, duros como rocas.

—Y ellos subestiman a Bernisty.

Hubo una rápida e incisiva conversación entre los K, y luego Kallish, moviéndose con la rapidez del rayo, abrió otra zanja casi junto a los pies de Bernisty.

Bernisty vaciló apenas, apretó los dientes y se inclinó hacia delante.

—Es un juego peligroso —exclamó Berel.

Bernisty apuntó, y cubrió de polvo ardiente las sandalias de Kallish, quien dio un paso atrás. Los demás K rugieron. Kallish, con el rostro convertido en una silenciosa máscara, empezó a marcar una línea que pasaría por los tobillos de Bernisty. Bernisty podía retroceder, o Kallish podía modificar la línea...

Berel suspiró. El rayo avanzaba, Bernisty permanecía inmóvil como una roca. El rayo pasó por los pies de Bernisty y siguió adelante.

Bernisty continuaba sonriendo. Alzó su rayo-aguja. Kallish giró sobre sus talones y se alejó, con su negra capa aleteando en el viento de amoníaco.

Bernisty miraba, tenso, inmóvil, entre el triunfo, el dolor y la furia. Berel aguardaba sin atreverse a hablar. Pasó un minuto. Las naves de K se elevaron del suelo polvoriento de Nueva Tierra, y la energía abrasó nuevos vástagos de arvejas...

Berel se volvió hacia Bernisty, que trastabillaba. Tenía la cara rígida y cadavérica. Berel lo sostuvo por las axilas; del *Blaueim* acudieron Blandwick y un médico. Pusieron a Bernisty en una camilla y lo llevaron al hospital.

Mientras el médico limpiaba los huesos carbonizados de tela y cuero, Bernisty le dijo a Berel con voz ronca: